

# HEGEMONÍA Y LUCHA DE CLASES EN LA PRÁCTICA DEL TRABAJO SOCIAL \*

## HEGEMONY AND CLASS STRUGGLE IN THE SOCIAL WORK PRACTICE

LUÍS A. VIVERO ARRIAGADA \*\*

### Resumen

La formación y la práctica del Trabajo Social, hoy aparece dominada por la ideología neoliberal fundamentada en una racionalidad de carácter instrumental, lo que se traduce en una acción profesional que contribuye a la reproducción de formas hegemónicas de control por parte de la clase dirigente. Por lo tanto, el desafío para el Trabajo Social Crítico, como una acción ético-política es develar las prácticas sociales clasistas y hegemónicas, lo que nos ubica en la inmejorable posibilidad de construcción de nuevos puntos de partida, para una acción profesional verdaderamente comprometida con los sectores oprimidos.

**Palabras clave:** hegemonía, lucha de clases, trabajo social crítico, emancipación, proyecto contra hegemónico.

### Abstract

The Social Work education and practice appears today dominated by the neoliberal ideology founded in a rationality of instrumental character which is translated in a professional action that contributes to the reproduction of hegemonic ways of control by the ruling class. For this reason, the challenge for the Critical Social Work, as an ethical-political action, is to uncover the classist and hegemonic social practices which locates us in an excellent possibility for the construction of new starting points for a truly committed professional action with the oppressed sectors.

**Key words:** hegemony, class struggle, Critical Social Work, empowerment, counter-hegemonic project..

---

\* Una síntesis del inicio de este trabajo fue presentado en el II Encuentro Argentino y Latinoamericano: Prácticas Sociales y Pensamiento Crítico. Escuela de Trabajo Social, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 3-5 julio 2008.

\*\* Trabajador Social. Diplomado en Ciencias Sociales. Magister en Ciencias Sociales Aplicadas. Candidato a Doctor en Procesos Sociales y Políticos de América Latina. Académico Escuela de Trabajo Social de la Universidad Católica de Temuco, Chile. E-mail: luisvive@gmail.com

## Introducción

Quisiéramos iniciar este artículo, explicitando que este trabajo reflexivo se construye en tanto sujeto y objeto de las prácticas hegemónicas que se manifiestan en nuestra cotidianeidad, desde las vivencias personales de la práctica profesional y el rol de docente universitario de este autor. En otras palabras, nos hacemos consciente de la intersubjetividad<sup>1</sup> en este proceso reflexivo, pero también consciente de nuestra calidad de sujeto y objeto, de oprimido y de opresor, de víctima y victimario de las distintas formas hegemónicas de dominación de una(s) clase(es) sobre otra(as).

También, dejamos de manifiesto que la dimensión política y ética de nuestro actuar, sin dudas es muy amplia y poco transitada por los Trabajadores Sociales, hecho que por lo demás, lo hace estimulante y a la vez desafiante, sobre todo por que se instala en un terreno de análisis que hoy más que nunca es rehusado o negado en las prácticas de los(as) trabajadores(as) sociales, Pero es doblemente desafiante, porque se hace una observación de las relaciones y la acción social, con unos lentes teóricos-conceptuales, que muchos(as) ya han abandonado, han declarado su obsolescencia. Nos referimos, a las categorías conceptuales de *hegemonía* y *lucha de clases*. Asumimos el desafío de intentar desenterrar y limpiar, un poco, estos conceptos clásicos del marxismo.

Pero más allá de todas las dificultades y riesgos, también es una invitación a la reflexión crítica y a pensar la acción social, como una práctica de transformación y de resistencia contra hegemónica para aquellos que, por diversas vías y medios, no se enclaustran —o estamos en permanente lucha y contradicción con ello— en la rutina funcional a las empresas públicas y privadas en donde laboramos. Es también, un desafío para aquellos(as) colegas que, sin darse cuenta, están(mos) sometidos(as) a un pragmatismo funcional, irreflexivo y hegemónico. Es en último sentido un grito de libertad, de búsqueda de los caminos y los métodos para la emancipación disciplinaria. Pero una búsqueda y camino que debemos hacerlo *con* y *desde* los sectores oprimidos, es decir, como una liberación en comunión.

Vale, sin embargo, advertir que este intento aún puede adolecer de profundidad y, por lo mismo, es lo que permite entrar en un intercambio dinámico y enriquecedor, respecto de los planteamientos aquí entregados, que sin duda están empapados de subjetividad y de historicidad, propios de los procesos intersubjetivos vividos por este autor. Pero consideramos

<sup>1</sup> En este sentido, tomamos el concepto de intersubjetividad de la fenomenología y la hermenéutica, desde el cual entendemos el mundo de la vida, como un proceso construido en la interacción cotidiana con los otros sujetos, que implica procesos de significatividad de la experiencia vivida, la cual se nos hace concreta en la relación con los otros sujetos en una relación cara a cara. Como dice Schutz, “*el punto de vista subjetivo siempre puede y debe ser efectuada. Puesto que el mundo social, en todas sus facetas, es un cosmos muy complicado de actividades humanas, siempre podemos volver al hombre olvidado de las ciencias sociales, al actor del mundo social, cuyas acciones y sentimientos están en la base de todo sistema*” (1964: 20).

que esto, lejos de ser un obstáculo, humaniza el discurso, lo hace sensible, lo hace histórico y lo transforma en una acción político-comunicativa para la transformación con los(as) otros(as).

Demás está decir, que no se pretende un tratamiento que agote todas las preguntas concernientes al sustento teórico-conceptual (hegemonía y lucha de clases) que hoy reabrimos a la discusión. Ni tampoco dejar la idea de que sólo el hecho de declarar una postura crítica es suficientemente contra hegemónico. Nuestro humilde propósito es pensar esta praxis (entendida muy en general como reflexión-acción), en voz alta, haciendo un recorrido inconcluso un tanto inquisidor, de preguntas no-dogmáticas que intentan abrir las miradas posibles a la construcción de nuevos discursos y nuevas estrategias discursivas y prácticas, que se traduzcan en proyectos de acción social transformadora de carácter contra hegemónicos. Lo que supone, pensar ética, política y críticamente el Trabajo Social, en tanto posibilidad de involucrarse en los procesos de cambio *en y desde* la subalteridad.

Hasta aquí, nuestra declaración de principios filosóficos y epistemológicos que esperamos ilumine este transitar reflexivo y crítico. Ahora en cuanto a la forma en que éste se presentará, creemos necesario iniciar con una breve –dado el inmenso arsenal teórico al respecto y las más diversas lecturas en y fuera del pensamiento marxista- discusión sobre lo que entenderemos por lucha de clases y hegemonía, particularmente en el contexto postmoderno y neoliberal. Luego de esto, nos situaremos en una reflexión en torno a la práctica social, que a nuestro juicio presentaría características de hegemónica, la que además, estaría dando cuenta de una particular forma de lucha de clases. A continuación y como consecuencia de lo anterior, nos aventuramos en pensar el Trabajo Social Crítico como un compromiso de acción ético-político y contra hegemónico, finalizando con algunas utopías, siempre necesarias para mover(nos) el mundo que estamos construyendo y cambiando cotidianamente.

## Hegemonía y lucha de clases: una reflexión necesaria en la sociedad neoliberal

A pesar de que ya son más de veinte años de la emblemática caída del Muro de Berlín, y con ello una suerte de ratificación y de materialización de los discursos anticomunistas, respecto del fracaso histórico, político y económico de los “*socialismos reales*”, hoy aún para algunos círculos intelectuales resulta violento o virulento usar conceptos como *hegemonía* o *lucha de clases*. Es desarrollar una reflexión y un análisis sobre la vigencia de la *lucha de clases* como un fenómeno objetivo en las relaciones sociales postmodernas y, más aún, resulta casi un suicidio intelectual defender esto en los espacios académicos. Incluso en los partidos políticos de izquierda, conceptos como *lucha de clases* o *hegemonía*, son un fantasma que desean mantener lo más alejado de sus discursos. Bajo este escenario, nos lanzamos en la lucha y la aventura de proponer una reflexión y análisis respecto de la vigencia de estos dos conceptos, en tanto

posibilidad intelectual de dar cuenta de ciertos fenómenos sociales, que como trabajadores(as) sociales cotidianamente observamos y re-construimos en nuestros discursos, lo que en la práctica se cristaliza en los diferentes instrumentos funcionales que las instituciones nos exigen para demostrar o etiquetar situaciones de pobreza o marginalidad social.

Pero no sólo se trata de pensar en la vigencia de estos conceptos, como recurso discursivo y argumentativo, sino reconocer su existencia y reproducción como fenómeno social, que se materializa en las diferentes acciones a nivel micro y macro social. Esto permitirá tener un marco teórico-conceptual, para canalizar las posteriores reflexiones en torno a las prácticas de las y los trabajadores sociales sometidas a lógicas de carácter hegemónico, pero también a partir de lo mismo, pensar en la superación de dicha contradicción. En tal sentido, partiremos con los aportes de la teoría marxista, como también de aquellos intelectuales neo marxistas y post-marxistas, que nos ayudarán en el abordaje del concepto de “*lucha de clases*” y lo referido a la construcción del bloque histórico y la hegemonía, como síntesis de este *conflicto*<sup>2</sup> de clases.

De acuerdo a lo anterior, nos preguntamos respecto de continuidades y rupturas de las hegemonías, a la luz de los últimos procesos sociopolíticos en América Latina, para lo cual consideramos necesario revisar algunas elaboraciones teóricas que han reemergido en el Pensamiento Crítico Latinoamericano, particularmente de inspiración marxista. Consideramos, que esto nos permite un análisis de las características contemporáneas de lo político y las prácticas políticas en las sociedades actuales, particularmente situado desde las clases subalternas.

Al respecto, cabe decir que la producción intelectual latinoamericana de los últimos treinta años, da cuenta de los efectos de la mundialización del capitalismo ultra liberal, como proyecto ideológico, histórico-social globalizado, que ha provocado una profunda transformación en las relaciones entre lo económico y lo político. Aquí, lo económico es lo que sustentaría la matriz dominante y hegemónica en esta dinámica (Boron, 2000; Hardt & Negri, 2002; Santos, 2006; Sader, 2009). En tal caso, el neoliberalismo se manifiesta hegemónico no sólo porque aparece aceptado y naturalizado como un modelo de sociedad, sino más bien, como señala Santos, porque lo “*que hoy existe se debe aceptar no porque sea bueno sino porque es inevitable [...] que no hay ninguna alternativa*” (2009: 46). Entonces, si la cuestión de la hegemonía lleva implícito un conflicto tendencioso entre las clases, veamos cómo esto es interpretado desde el pensamiento marxista y neo marxista, para luego intentar comprender en qué forma estos podrían estar presentes o desarrollándose en la práctica del trabajo social.

<sup>2</sup> Algunos eufemísticamente prefieren usar este término en vez de usar “lucha”, lo que legitima lo planteado al inicio de la dificultad político-intelectual que se manifiesta en torno a esta temática. Lo que a nuestro juicio demuestra que la lucha existe, en tanto se evidencia un antagonismo en clases, incluso en el plano del conocimiento “científico”.

Al decir de Meiksins (2000), existirían dos formas de pensar teóricamente la clase: una, estaría dada por su ubicación estructural, la cual estaría determinada principalmente por una jerarquía según ocupación, nivel de ingresos, oportunidades en el mercado, etc.; y la otra forma de comprender la clase, está referida a una construcción histórica y social que se da entre productores y apropiadores del capital. Recordemos que Marx & Engels (2001), describen la historia de las distintas sociedades como la historia de la lucha de clases. Es decir, para el marxismo las clases sociales están definidas básicamente por las relaciones de producción situadas históricamente, las que se materializan en la forma en que se producen y se transan las mercancías. En dichas relaciones de producción, los individuos ocupan un lugar que está determinado por la división social del trabajo.

Se entiende que para el marxismo clásico, las clases sociales estarían determinadas por el lugar ocupado en el proceso de producción del capital. Por un lado, están aquellos que tienen la propiedad de los medios y aquellos que sólo tienen la fuerza de trabajo, en donde los primeros se apropian de lo que estos últimos producen. Por ello, es que estimamos ir más allá del marxismo clásico -pero sin desconocer a Marx- y encontrarnos con planteamientos de autores marxistas que desarrollan un análisis no dogmático ni mecanicista, como el caso de Thompson, reconocido como uno de los intelectuales que mayormente ha aportado a la identificación de la clase como un elemento significativo en formación política y en la comprensión de la histórica contemporánea. En este sentido, Thompson identifica a la clase social ya no como una cuestión determinada en relación al lugar ocupado en el proceso productivo, sino que la clase es vista como “*un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia [...] la noción de clase entraña la noción de relación histórica*” (Thompson, 2002: 13). En esta serie de sucesos, las relaciones de producción en la esfera económica, si bien sería relevante, es uno más de los elementos a considerar, en donde también aparecen lo cultural y lo simbólico, situados en un contexto histórico determinado.

Cuando Marx realiza la distinción vital entre *clase en sí* y *clase para sí*, esto implica un proceso de tránsito o de concientización al decir de Freire (2001, 2002, 2004), que permitiría pasar de una conciencia de *clase en sí* a una conciencia de *clase para sí*. La distinción entre una y otra, servirá para distinguir entre ambas dimensiones de la clase social como un fenómeno histórico, lo cual para Thompson (2002) sería una construcción social y cultural que sólo puede ser definida a partir de sus relaciones con otras clases. Tal definición sólo es posible como acción y reacción, de cambio y conflicto que se expresan en el sentido de Bourdieu (2003), un campo de acción en el cual se desarrollan las luchas de poder, de acuerdo a la ubicación de clases y relaciones de fuerza que intervienen en la lucha (Bourdieu, 2003). Entonces, cuando hablamos de clase estamos pensando en un conjunto de gente difusamente delimitado que participa de los mismos intereses, experiencias sociales, tradiciones y sistemas de valores, que tiene una predisposición a actuar como clase, a definirse a sí misma en sus acciones y en su conciencia, en

relación a otros grupos de gente, de un modo clasista. Pues la clase en sí misma no es una cosa, es un acontecer que se manifiesta como proceso histórico. Aquí, podemos ver un encuentro entre los planteamientos de Thompson (2002) y de Bourdieu (1999, 2003), por cuanto la concepción de clase como una relación situada históricamente y como experiencia concreta, se expresaría en el sentido de Bourdieu, en ese campo de acción, en donde se expresaría la lucha de clases, a partir de la acumulación del capital simbólico o cultural. Para Thompson, esta coincidencia no resulta casual, es por ello que se le critica, por identificar la clase en la conciencia de clase, *“aunque donde uno lo criticaba por no ver ninguna clase donde no hay conciencia de clase, otro lo acusaba de ver clase en todas partes, completa y ‘lista’, en todas las manifestaciones de la cultura popular”* (Meiksins, 2000: 92). En concordancia con Bourdieu (1999, 2003), la clase en sí, sería una expresión del capital social y cultural, expresado en la lucha concreta en el campo de acción, en donde el proletariado sería una de estas clases.

De acuerdo con lo anterior, si bien se rescatan los elementos centrales del pensamiento marxista, respecto del modo de producción capitalista, Bourdieu lo coloca en una postura crítica que busca superar *“nominalismo-realismo desde la distinción que hace entre clase objetiva y clase movilizada”* (Tijoux, 2002: 35), de esta manera se le otorga un lugar central a las relaciones de sentido, a los bienes simbólicos, producidos en las relaciones de clases. Así entonces, la *clase objetiva* de Bourdieu sería *la clase en sí* de Max, y *la clase movilizada* correspondería a una *clase para sí*. Al decir de Marx, *“la dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política”* (Marx, 1987: 120 citado por Contreras, 2010: 86). La *clase en sí*, sería la que se desprende de la estructuración del sistema de producción capitalista. La *clase para sí*, corresponde a la dimensión política de ésta, la *clase movilizada*. Acá la clase se concibe, entendiendo las contradicciones generadas por las relaciones de producción dentro del sistema, constituyéndose en tanto clase (organización) y asumiendo su papel histórico. Para Thompson (2002), la clase y la conciencia de clase son las últimas, no las primeras fases del proceso histórico real, es decir, no están dadas *a priori* por condiciones estructurales.

Así entonces, la clase en su sentido más pleno sólo llega a existir en el momento histórico en que la clase empieza a adquirir conciencia de sí misma como tal, es decir, la conciencia de clase. Desde esta perspectiva, en palabras de Meiksins (2000), no habría una distinción entre *“clase en sí”* y *“clase para sí”* sino que existe objetivamente en tanto sujeto histórico, por lo cual la lucha de clases precede a la clase. El mismo Thompson (1978), esboza la idea de la formación de la clase como un proceso que surge y se desarrolla *“a medida que los hombres y las mujeres viven sus relaciones productivas y experimentan sus situaciones determinadas, dentro del ‘conjunto de relaciones sociales’ con su cultura y expectativas heredadas, y a medida que manejan estas experiencias en formas culturales”* (citado por Meiksins, 2000: 95).

La construcción de la identidad colectiva y consciente, será fruto de la propia acción de los sujetos que movilizándolo aquella identidad primaria (dada por el capital), podrán crear un cuerpo de tradiciones, valores, visiones de mundo, lenguajes, instituciones, etc., en que se exprese la conciencia de clase que es, para Thompson (2002), la expresión en términos culturales de las experiencias determinadas por el capital, lo que en palabras de Bourdieu (2003), constituirían el capital social y cultural. La acumulación de un capital social y cultural expresado en la lucha en un campo de poder (Bourdieu, 2002, 2003), que logra movilizar a las clases en virtud de intereses que superan los particulares, transformando la conciencia particular, en una conciencia colectiva (Thompson, 2002), pero sin embargo vale recordar que Marx *“los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”* (2003: 9), estas serían las relaciones de producción impuestas por la sociedad capitalista, hoy en su versión neoliberal.

## Práctica social, hegemonía y lucha de clases

Para Gramsci (1984, 2005, 2006), la hegemonía tiene que ver con la capacidad del *bloque histórico*<sup>3</sup> para constituirse en clase dirigente. En tal sentido, dicha hegemonía se realiza por la capacidad de *dirección y control* que tendría la sociedad civil respecto de la sociedad política, la cual le permitiría asumir el control del Estado. Para que las clases subalternas logren hacerse de tal hegemonía, deben lograr consolidar un campo ideológico que les permita una reforma intelectual y moral, adaptar nuevos conocimientos y nuevos métodos, es decir, una nueva filosofía, que sustente una nueva sociedad.

Hecha esta introducción conceptual, debemos considerar para el análisis de la acción profesional, no distanciarnos del momento histórico en que nos situamos: la sociedad posmoderna neoliberal. Pero este encuadre, además de representar un cierto momento histórico, a su vez puede ser definido como un tipo de pensamiento o filosofía, propio de una concepción derrotista. Dicho de otro modo, este momento se caracteriza por una “racionalización” de la frustración del proyecto de la modernidad que, entre otras cosas, privilegiaba a la razón como el recurso y la condición más importante para alcanzar el desarrollo. Este pensamiento postmoderno, entonces, es una suerte de resignación de que ya no hay transformación social posible, e incluso algunos como Fukuyama decretan el *“fin de la historia”*. Así entonces, con esta filosofía como

<sup>3</sup> El *“bloque histórico”* representa más que una simple alianza de clases, por lo cual debe ser considerado a partir de la distinción de tres momentos o escenarios distintos: primero, como las relaciones que se expresan entre estructura y súper-estructura, sin que exista supremacía de una sobre la otra; segundo, cuando se logra la supremacía de la sociedad civil sobre la política, y se construye un sistema hegemónico bajo la dirección de una clase fundamental que confía su gestión a los intelectuales, es decir la consolidación del bloque histórico; el tercer momento, tiene que ver con el quiebre de la hegemonía de la clase dirigente, que conlleva a la construcción de un nuevo sistema hegemónico y se crea un nuevo bloque histórico (Gramsci, 1967, 1984, 2005, 2006; Portelli, 2003; Kohan, 2006).

telón de fondo, miraremos sutilmente cómo se desarrollan las prácticas profesionales, y en qué medida estas van respondiendo irreflexivamente a las élites hegemónicas, y por consiguiente constituyen formas de dominación y exclusión social, de una(as) clase(es) sobre otra(s).

En esta misma línea Santos, muy ilustrativamente señala que el actual panorama se caracteriza por que:

*“los procesos hegemónicos de globalización han provocado, en todo el mundo, la intensificación de la exclusión social y de la marginación de grandes sectores de la población. Estos procesos están encontrando resistencia, iniciativas de base, innovaciones comunitarias y movimientos populares que intentan reaccionar contra la exclusión social, abriendo espacios para la participación democrática, para la construcción de la comunidad, para alternativas a las formas dominantes de desarrollo y conocimiento, en resumen para la inclusión social”* (2003: 13).

Es decir, por un lado queda de manifiesto que la globalización neoliberal ha intensificado la desigualdad, la inequidad y la exclusión social, pero a su vez esta realidad que se manifiesta objetiva y subjetivamente, poco a poco está siendo enfrentada por los sectores sociales, que han sido víctimas de este darwinismo ideológico, y que han tomado conciencia de sí, en tanto constructores(as) y transformadores(as) de su historia.

Sin embargo, a pesar de lo descrito anteriormente y según lo que señala Santos, desde el Trabajo Social Latinoamericano no hemos asumido una reflexión crítica y unificadora de nuestras prácticas, que en algunos casos aparecen aún cimentadas en una acción tecnoburocrática, pragmática y asistencialista, generando consciente o inconscientemente una dualidad entre profesional y “objeto” de intervención, fundada en los clásicos modelos del servicio social “científico”. Esto conlleva, no sólo a mayor exclusión o reafirmación de la exclusión en que se encuentran las personas, grupos y/o comunidades con las cuales trabajamos, sino que además es una manifestación de una relación de poder vertical y autoritario de quien(es) supuestamente tiene(n) el “saber” y las “herramientas” para diagnosticar y entregar la solución a una patología social determinada. Tal vez, con este planteamiento muchos(as) dirán que esta etapa está plenamente superada y que hoy los métodos y modelos de intervención buscan la autonomía de los(as) sujetos. Sin embargo, nos atrevemos a decir que efectivamente, tanto en la formación como en los discursos de los(as) trabajadores(as) sociales, hay un léxico que recurre frecuentemente a conceptos tales como: sujeto, autonomía, empoderamiento, emancipación, concientización, transformación social, educación popular, reflexión crítica, etc. Y a partir de estos conceptos, se respaldan teórica-metodológicamente los diagnósticos sociales, proyectos sociales y proyectos de intervención, los cuales quedan impregnados de una bella retórica, que en la práctica se enfrenta a las contradicciones tanto epistemológicas como político-estructurales.

En el primer caso, las contradicciones epistemológicas y las definiciones teórico-conceptuales que dan cuenta de referencias como la educación popular y el pensamiento crítico, terminan por definir los “objetos de intervención” —gran contradicción - en virtud de los intereses de la institución o de la estructura político-administrativa en la cual se desempeñan, y se validan los saberes, los conocimientos y la acción, sólo desde los parámetros institucionales o técnicos, o se validan aquellos que se ajusten a la filosofía oficial<sup>4</sup>, cumpliendo un rol de *intelectual orgánico*<sup>5</sup> al servicio de la clase dirigente, aunque esto no siempre esté consciente en los profesionales de la acción.

En el segundo caso - la dimensión y contradicción político-estructural- en el proceso de la acción profesional, muchas veces se le niega a los(as) sujetos, la posibilidad de dar cuenta de su valioso conocimiento, de su capacidad de aprehender su realidad cotidiana, de mirarla y de mirarse en ella como protagonistas, reconociendo de acuerdo con Freire que: “*La comprensión del mundo, tanto aprehendida como producida, y la comunicabilidad de lo comprendido son tareas del sujeto, en cuyo proceso precisa y debe hacerse cada vez más crítico*” (2001: 41). Pero cuando aparece esa criticidad, de la cual retóricamente se manifiesta ya sea de forma verbal o escrita, surgen las limitaciones hacia el sujeto concientizado, la obstaculización a su proceso emancipatorio, la negación de su derecho a ser libre, a pensar y a actuar en virtud de su aprehensión de ese mundo ya no ingenuamente vivido, sino que reconociéndose conscientemente como protagonista de su construcción y de su transformación. En ese momento, es que verdaderamente cobra sentido la práctica social crítica y contra hegemónica, cuando los(as) sujetos se reconocen como otros(as), en una alteridad en el proceso intersubjetivo de la acción social crítica y transformadora. Pero es a la vez en ese momento, en ese espacio de interacción, en donde se cristaliza la práctica hegemónica y las contradicciones sociales, que dan cuenta de la existencia de una relación de dominación de una(as) clase(s) sobre la(s) otra(s) y de las cuales los(as) trabajadores(as) sociales se hacen parte consciente o inconscientemente, a favor de los sectores dominantes y hegemónicos, y en desmedro de los sectores excluidos. Esto se expresa, desconociendo o minimizando los saberes populares tanto a nivel individual como colectivo, y materializando una forma de trabajo con las personas, grupos o comunidades, que es propia de las prácticas de dominación, tan ampliamente denunciadas por Freire, en que los(as) profesionales, en representación de las estructuras de poder - que además representan una cierta hegemonía — imponen o convencen de que es “es ese el problema y no “otro”, y que por lo tanto es necesario trabajar en conjunto porque ello va en “beneficio de todos”, o que de lo contrario, sino colaboran, el municipio, la intendencia o el Gobierno no les podrá seguir ayudando.

<sup>4</sup> Una filosofía que, desde la práctica social, no siempre tiene claridad o conciencia de su existencia, por lo cual la acción profesional muchas veces sólo se limita a cumplir con los objetivos definidos desde la institución y/o los programas desde los cuales se desarrolla el trabajo práctico.

<sup>5</sup> Siguiendo a Gramsci (1967, 1984, 2005, 2006), los intelectuales son los cuadros que contribuyen en la elaboración de las bases ideológicas, los propagandistas de la clase dirigente “empleados” de la hegemonía de la clase dominante, por lo tanto -y en cierta medida- una hegemonía se construye si tiene capacidad de formación de sus cuadros, de intelectuales elaboradores de ideología.

Así entonces, los(as) trabajadores(as) sociales nos encontramos atrapados(as) en una retórica, que en la práctica se traduce en una negación de “sí mismo” y de los(as) otros(as), sin poder encontrar trascendencia. Lo cual plantea, no sólo un problema de carácter epistemológico, sino además filosófico y ético-político, que sería otra contradicción, ya que nos transformamos en cómplices de la dominación que denunciamos.

En otros casos, vemos que se produce un distanciamiento entre el debate y la formación académica, y lo que en el ámbito de las instituciones públicas y privadas se les exige que hagan los Trabajadores y Trabajadoras Sociales. Por un lado desde lo académico, se intenta recuperar una formación sustentada en una permanente reflexión y crítica de las condiciones políticas, económicas, sociales, estructurales, materiales y simbólicas que permiten comprender y/o explicar la pobreza y la desigualdad, y a partir de esto proponer acciones desde y con las personas, grupos y/o comunidades para avanzar en la superación de éstas. Pero por otro lado, en las instituciones tecno-burocráticas no sólo se limita dicha posibilidad, sino que en muchos casos se niega explícitamente, exigiendo de los(as) profesionales “proactivos(as)”, que den cuenta de resultados, que respondan al cumplimiento de metas, que muestren a las autoridades de turno las cifras de cuántos pobres existen o cuántos de ellos(as) han logrado mejorar su condición, pero que en realidad ha significado sólo un maquillaje de las condiciones, que son mucho más de fondo que una simple solución material mediática.

Entonces, esta otra contradicción se presenta como un problema ético-político, que en la práctica cotidiana de la acción social profesional, impide la búsqueda y visibilización de las contradicciones generadas por las condiciones sociales, económicas, políticas e históricas en las cuales nos situamos. No resulta fácil develar las diferentes formas las luchas por la hegemonía, de las cuales formamos parte en tanto intelectuales orgánicos o instrumentos de la clase dirigente. Más aún, nos resulta difícil ver, comprender, interpretar y aceptar las luchas de resistencia contra hegemónicas de los sectores oprimidos con los cuales interactuamos, lo que implica no sólo no reconocerlas, sino no que no reconocer a esos otros. Es por esto que, cuando se logran identificar en las prácticas sociales populares, manifestaciones de resistencia o de protesta contra lo establecido, se las etiqueta como de subversiones, de “mal agradecidos” con la autoridad que les ha entregado tanto, y aparecen los discursos hegemónicos de dominación, muchas veces conservadores y antidemocráticos.

En este micro espacio<sup>6</sup>, la dominación elitista y clasista se manifiesta invisible y de distintas formas. Tal vez, la más evidente es la hegemonía del mercado; las que podrían servir de sustento filosófico a otras como la hegemonía instrumentalista de las acciones profesionales, iluminada

<sup>6</sup> En este sentido estamos haciendo referencia a las prácticas del poder, lo cual desde una concepción post-estructuralista el poder más que ser poseído, es ejercido y se manifiesta hasta en los espacios más particulares o micro-espacios, una micro física del poder, tal cual lo desarrolla la tesis de Foucault. Ver por ejemplo: *Saber y verdad, Microfísica del poder, Vigilar y castigar.*

por la hegemonía de la a-criticidad, de la no reflexión, hasta llegar a una postura nihilista, en el más extenso sentido nietzscheano. Todo esto, se manifiesta en un pragmatismo que busca como fin único y último el resultado inmediato, y que pretende dejar satisfecho, primero que nada, a quienes en el momento detentan una cuota de poder, por sobre las necesidades sentidas de las clases subalternas. Y por lo tanto, con los “objetos” de intervención se desarrolla una acción voluntariosa, a veces caritativa, pero pocas veces orientada al cambio social, a reconocer a el(la) otro(a) como un *ser* político y ontológicamente existente, capaz de transformarse individual y colectivamente en protagonista de su historia. De esta forma casi mecánicamente, se sigue negando o invisibilizando la existencia de él(la) otro(a) y con esto, perpetuando la dominación tanto material como simbólica.

## Trabajo Social Crítico: un compromiso de acción ético-política y contra hegemónico

Este apartado queremos iniciarlo con las palabras de Freire, para quien: “*La reflexión crítica sobre la práctica se torna una exigencia de la relación Teoría/Práctica sin la cual la teoría puede convertirse en palabrería y la práctica en activismo*” (2002: 24). Frente a ello, desde el punto de vista de la práctica del Trabajo Social, pareciera que este *sin sentido* del *ser* post-moderno, se ha traducido en un quehacer sin pensar (críticamente), y mediatizado además por la ideología neoliberal lo ha convertido en algunos casos en un activismo que obedece a fines instrumentales, muchas veces respondiendo a los intereses de ciertos caudillismos políticos que, a su vez, son un eco de la ideología dominante y hegemónica.

El Trabajo Social Crítico, debe asumir la lectura reflexiva y cuestionadora de las dinámicas sociales, de las cuales como profesionales de la acción somos sujetos y objetos a la vez, lo que conlleva además a una crítica de nuestros propios marcos ideológicos con los que nos situamos en el mundo de la vida<sup>7</sup>, que nos permiten aprehender, interpretar y darle significados a las prácticas intersubjetivas, que van iluminando el quehacer profesional. Freire nos dice que: “*Leer críticamente no se hace como si se comprara mercancía al mayoreo. Leer veinte libros, treinta libros. La verdadera lectura me compromete de inmediato con el texto que se me entrega y al que me entrego y de cuya comprensión fundamental también me vuelvo sujeto*” (2002: 29). Podríamos decir, que “leemos” la realidad social, cuando como trabajadores(as) sociales, nos acercamos, nos adentramos en el mundo de la exclusión, de la marginalidad, y desde aquellos “lentes” ideológicos con los que observamos, daremos una interpretación de ello. Sin embargo, esto no es suficiente, aquí no se agota nuestra acción. No se reduce nuestro objetivo al sólo hecho de “conocer” la realidad social y dar cuenta de ella, o de reunir la mayor cantidad de datos u hechos, que permitan demostrar

<sup>7</sup> Ver: Schutz (1993: 62), quien señala que: “*el mundo de mi vida cotidiana no es en modo alguno mi mundo privado, sino desde el comienzo un mundo intersubjetivo, compartido con mis semejantes, experimentado e interpretado por otros; en síntesis es un mundo común a todos nosotros*”.

un método riguroso en el proceso de conocer o de diagnosticar dicha realidad o problema social. Por el contrario, el(la) trabajador(a) social crítico, debe no sólo conformarse con el conocer y dar cuenta de ese conocimiento, sino hacerse sujeto de dicha realidad, entregarse a dicha realidad en el compromiso de una acción para la transformación, con ellos(as), desde ellos(as) y para ellos(as).

Para que desde el Trabajo Social, se desarrollen acciones orientadas a la transformación, y no sólo al mantenimiento del *estatus quo*, es menester hacer consciente el cuestionamiento a las formas de dominación, de explotación existente en la sociedad, a las condiciones de desigualdad que se manifiestan y se generan desde las estructuras político-administrativas del Estado, y cómo ellas se reproducen en las prácticas micro sociales. El desafío, es hacer consciente la conciencia crítica y materializarla en un discurso y en una acción. En tal sentido entendemos, de acuerdo con Libânio (2005: 53), que: “*el problema de la conciencia crítica cubre el arco de la historia de la propia existencia humana*”. Así entonces:

*“la crítica significa la capacidad de la razón para poseerse de manera refleja, superando las amarras de los mitos (ilustración griega) tomando distancia refleja de la propia tradición occidental (ilustración kantiana), invirtiendo el movimiento teoría/práctica (ilustración marxiana), rompiendo ancestrales alienaciones y dependencias históricas culturales (concientización latinoamericana)” (Ibíd.).*

En este mismo sentido, se hace una distinción entre conciencia crítica, que sería el estado, y la concientización que viene siendo el proceso originado en Latinoamérica, el cual encarna la conciencia crítica en tanto estado reflexivo, para la emancipación, que por lo tanto se traduce en una opción filosófica y política, materializada en la praxis.

Consideramos que en la concepción-opción-crítica, entendida como respuesta a los conflictos generados por la modernidad capitalista y sus tantas crisis (y críticas), subyacen influencias filosóficas existencialistas, historicistas y políticas, que relevan la dimensión del hombre y la mujer como existencia en el mundo, ser-con-los-otros/as-en el mundo, un sujeto que no sólo existe en la historia, sino que la comprende y la construye. Esto más allá de constituir una concepción ética, es un desafío que involucra también lo político, por lo cual la acción profesional transformadora, apoyada en el pensamiento crítico constituye un desafío ético-político. Por ello, la cuestión va más allá del sólo hecho de develar el cemento ideológico de la clase dirigente. Se trata, por lo tanto, de trasladar el análisis al ámbito de una acción ético-política.

Para ir finalizando este apartado, tomaremos una de las tantas experiencias relatadas por Freire (2002: 67), en la cual dice:

“Después de hablar un poco sobre el visitante, lo miró atentamente y dijo: necesitamos decirte, compañero, una cosa importante. Si viniste aquí pensando enseñarnos que somos explotados, no hace falta, porque nosotros los sabemos muy bien. Ahora lo que nosotros queremos saber de ti es si tú vas a estar con nosotros, a la hora que caigan los palos”.

Esa es la reflexión que deberíamos hacernos cuando nos relacionamos con aquellos, que están sufriendo la exclusión. ¿Qué postura es la que adoptamos frente a ellos(as)? ¿Hasta dónde nuestra solidaridad y el compromiso social, supera los límites de nuestra obligación funcional o en otros casos a la curiosidad intelectual? ¿Hasta dónde nuestros discursos críticos y emancipatorios, se permiten estar ahí con los excluidos, cuando aquellos que tienen el poder, dejen caer sobre ellos(as) toda su soberbia, su prepotencia y desprecio? Son preguntas que nos hacemos y dejamos planteadas, para pesarnos desde lo ético, desde la coherencia entre el pensamiento crítico y la acción social transformadora del Trabajo Social Crítico, como una praxis liberadora.

## Palabras finales

El Trabajo Social dominado por la ideología neoliberal, está hoy fundamentado en una racionalidad de carácter instrumental, que responde a los intereses de una clase que es dominante y hegemónica, pero que niega a la vez la existencia del conflicto, naturalizando la desigualdad y las injusticias sociales. En este sentido, la acción que desarrollamos los trabajadores sociales y las trabajadoras sociales prácticos, se encuentra influenciada y dominada por un *ethos*, que se sustenta en la competencia, la capacidad y el emprendimiento individual, como forma de lograr el éxito y la felicidad, y por lo tanto, la responsabilidad de la pobreza recae en los individuos y no en las relaciones y estructuras sociales como generadoras de desigualdad. En este sentido, la “intervención” se orienta a la integración al mismo sistema que ha generado la exclusión, pero sin un cuestionamiento a éste o una propuesta de transformación de las condiciones generadoras de la desigualdad y la exclusión.

La hegemonía de una élite y la invisibilizada lucha de clases, se manifiesta de manera simbólica, en diferentes dimensiones de la vida cotidiana. La acción social de los y las Trabajadores Sociales, conlleva a perpetuar las lógicas de dominación, pero sin estar consciente de ello. El actuar profesional, se orienta desde las estructuras institucionales, dominadas por la filosofía neoliberal, a desarrollar intervenciones que maquilladamente son formas de contener las posibles explosiones sociales. Lo que se advierte en nuestras prácticas, es una preocupante pasividad ante la expansión de un neoliberalismo globalizante, que inunda e invade todas las acciones de la vida social y cultural, de toda la vida cotidiana. Esto nos transforma en cómplices

pasivos de la dominación que ejerce una élite, que se oculta en los retóricos argumentos de integración social, de subsidiaridad, de emprendimiento individual y, más recientemente, de responsabilidad social.

Entendemos, que el Trabajo Social está llamado a develar las contradicciones y las prácticas sociales clasistas y hegemónicas, como resultado de la permeabilización de la ideología neoliberal. Esto nos interpela a un necesario desplazamiento epistémico-político, que nos permita la construcción de nuevos puntos de partida, reconocimiento de nuevos espacios de actuación y apropiación de nuevos mundos de vida.

El actual escenario nos invita a repensar el Trabajo Social Crítico, desde una perspectiva latinoamericana, como una de las opciones de producción académica y de práctica profesional, que permita la generación de nuevos saberes y conocimientos participativos, democratizadores, emancipadores, abierto al encuentro y reencuentro con las otras ramas de las ciencias sociales, del saber indígena y popular. Pero fundamentalmente, debe estar con las clases subalternas y con ellas construir la transformación social para nuestros pueblos oprimidos.

## Bibliografía

Boron A. (2000). *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. (2003). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.

Bourdieu P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Argentina

\_\_\_\_\_. (2003). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Editorial siglo XXI, Argentina.

Cardoso, P.L. (2001). *Fundamentos teóricos del conflicto social*. España: Editorial Siglo XXI.

Contreras, R. (2010). *La clase campesina como proyecto político-cultural. Formación de la clase y Re-creación campesina en Brasil*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Antropología, Universidad Católica de Temuco. Chile.

Freire, P. (2001). *Pedagogía de la Indignación*. Madrid, España: Editorial Morata.

\_\_\_\_\_. (2002). *Pedagogía de la Esperanza*. Argentina: Editorial Siglo XXI.

- \_\_\_\_\_. (2004). *Pedagogía de la Autonomía*. Argentina: Editorial Siglo XX.
- Foucault, M. (1991). *Saber y verdad*. Madrid, España: Ediciones La Piqueta.
- \_\_\_\_\_. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid, España: Ediciones La Piqueta.
- \_\_\_\_\_. (2002). *Vigilar y castigar*. Argentina: Ediciones Siglo XXI.
- Gramsci, A. (1967). *La formación de los intelectuales*. México: Editorial Grijalbo S.A.
- \_\_\_\_\_. (1984). *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones ERA S.A.
- \_\_\_\_\_. (2005). *Cartas desde la Cárcel*. Argentina: Editorial Nueva Visión.
- \_\_\_\_\_. (2006). *Política y sociedad*. Chile: Editorial Centro Gráfico.
- Gutiérrez, G. (1986). *Metodología de las ciencias sociales II*. México: Editorial Harla.
- Hardt, Michel & Negri, Antonio. (2002). *Imperio*. Argentina: Editorial Paidós.
- Hinkelammert, F. (2001). *El nihilismo al desnudo. Los tiempos de la globalización*. Chile: Editorial LOM.
- Kohan, N. (2006). *Gramsci para principiantes*. Argentina: Editorial Era Naciente.
- Laclau, E. & Mouffe, Ch. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Argentina: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Larraín, J. (2007). *Concepto de ideología. Vol. I. Carlos Marx*. Chile: Editorial LOM.
- Libânio, J.B. (2005). “Conciencia crítica/concientización”. En Ricardo Salas, A. (Coord.), *Pensamiento crítico Latinoamericano*. Vol. I. Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez.
- Marx, K. & Engels, F. (2001). *El manifiesto comunista*. Argentina: Bureau Editor S.A.
- \_\_\_\_\_. (2003): “El dieciocho brumario de Luis Bonaparte”. Ediciones Pluma y Papel. Argentina
- Meiksins, E. (2000). *Democracia contra capitalismo*. México: Editorial Siglo XXI.
- Parisi, A. (2005). “Contradicción/conflicto”. En Ricardo Salas, A. (Coord.), *Pensamiento crítico Latinoamericano*. Vol. I. Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez.

Portelli, H. (2003). *Gramsci y el bloque histórico*. Argentina: Editorial siglo XXI.

Poulantzas, N. (1987). "Las clases sociales": 96-126. En R. Benítez (Comp.), *Las clases sociales en América Latina*. 10ª Edición. México: Editorial Siglo XXI.

Sader, E. (2009) *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda Latinoamericana*. Argentina. Editorial Siglo XXI.

Santos, Boaventura de Sousa (2003). *Democracia y Participación: El ejemplo del Presupuesto Participativo*. España: Editorial El viejo Topo.

\_\_\_\_\_. (2006). *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Argentina Editorial CLACSO.

Schutz, A. (1964). *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.

\_\_\_\_\_. (1993). *La construcción significativa del mundo social*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Paidós.

Thompson, E.P. (2002). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, España: Editorial Crítica.

Tijoux, M. (2002). "Pierre Bourdieu: La herejía científica de un sociólogo impertinente". En *Postmarxismo. En los márgenes del marxismo*. Santiago, Chile: Editorial ARCIS.

Touraine, A. (1987). "Las clases sociales". En R. Benítez (Comp.), *Las clases sociales en América Latina* (pp. 3-71). 10ª Edición. México: Editorial Siglo XXI Ed. Siglo XXI.

\_\_\_\_\_. (1994). *Crítica de la modernidad*. Argentina: Editorial Fondo de Cultura Económica.

Vivero, L. (2007). "Conflictos éticos y políticos: reflexiones desde la praxis del trabajo social". *Revista Margen*, 45. Argentina.